

Lunes 15 de Octubre de 1923

HEROES DE CARNAVAL

No sé si será efecto de la edad; porque desde que he pasado ese punto geográfico de la vida que ha llamado Carrere el cabo de las tormentas, no tengo seguridad en mis opiniones.

! El tiempo produce efectos tan diversos! Cierto es que esos efectos se compensan; la disminución involuntaria del cabello queda de sobra compensada con el aumento, también involuntario, de la moralidad; lo que se pierde en imaginación, actividad y espíritu de lucha, se gana en raciocinio, serenidad y benevolencia; mueren muchas aficiones, pero surgen otras nuevas: v.gr. el guato por los estudios de Economía Política, el entusiasmo por el golf, y el placer inefable de pasarse horas y horas, en las veladas de invierno, contemplando las llamas de una chimenea con la mirada vuelta hacia el pasado...

Porque de todas las manifestaciones de la edad ésta es sin duda la más clara y a la vez la más desconcertante... El pensamiento, que siempre ha estado fijo hacia adelante, cambia de dirección, mira hacia atrás. Entonces, desorientado, por mares desconocidos, se comienza a experimentar ese temor que debió sentir Colón cuando, en mitad del Océano su brújula dejó de marcar el norte. Es que realmente se ha pasado a otro hemisferio.

En este estado de ánimo he asistido al baile de los estudiantes, al de los enmascarados, porque me faltó valor para ir también al segundo, ¿podía creérsese si digo que es un espectáculo conmovedor?

CELICH UC

Siempre me ha producido admiración la gente que se divierte en día fijo. ¿Por qué el público va a estar más alegre el día 12 de Octubre a las 10.30 de la noche que la víspera? ¿Cómo puede hacer reír el recuerdo de que cuatrocientos años antes Colón desembarcara en las Antillas?

Semejante recuerdo no puede provocar hilaridad en nadie que tenga el corazón más o menos bien puesto. El acontecimiento fué demasiado trascendental para hacer reír no digo en esa fecha, sino cuatro siglos más tarde. Ver un grupo de ciudadanos que se disfraza, salta, brinca y baila shimmy en honor del Almirante, es algo que desconcierta. Se dirá que esas personas celebran, además, la fiesta de la primavera, la fiesta de la juventud. Bien; pero ¿qué razón hay para que ese día estén más jóvenes? ¿No lo estaban más el día antes? ¿Es, en todo caso, un motivo de alegría, ir vestido de mamarracho, y llevar una careta que impide ver a sus anchas?

No me atrevería a afirmarlo; pero hay algo que es tierno, elevado y altruista en el loco desfilarse de la farándula. Es el esfuerzo, el sacrificio, la abnegación de cada uno de los disfrazados en obsequio a la alegría común. Quien se haya pintarrajeado el rostro con engrudo, quien se haya encontrado preso dentro de un mameluco, quien haya renunciado a respirar libremente bajo una nariz postiza, comprenderá este sacrificio.

La alegría de todos se forma pues a costa del aburrimiento y la molestia individual, ¿no es esto educador en una democracia?

Yo recuerdo con profunda simpatía a todas esas víctimas del buen humor que durante tres días consecutivos han saltado y repetido el mismo chiste sin más esperanza de gloria que esos éxitos mezquinos que se obtienen en la casa o entre los pocos amigos que logran descifrar la incógnita de una máscara.

Pero entre todos esos héroes hubo uno que me conmovió particularmente. Era un joven que se había colocado sobre los hombros una enorme cabeza de cartón. ¡Qué cabeza!

Aquello era una especie de calabozo ambulante, dentro de cuya oscura bóveda se apagaba la voz del prisionero. ¡Ni ver, ni oír, ni refrescar la garganta, ni fumar un cigarrillo! Y, sin embargo, el hombre estaba resuelto a entretener al público, y saltaba, salta-

ba, a sabiendas de lo ignorado de su sacrificio. Porque nadie puede creer que ese hombre haya ido al baile a divertirse. ¡Si aquello era un tormento chino!

El espíritu siempre cruel de las multitudes se deleitaba a costa de la víctima.

-¡Pero qué animal! ¡Qué bruto! - comentaban los mirones con franca jovialidad.

Entre tanto el héroe se debatía bajo su horrible cabeza de cartón. ¡Era "el soldado desconocido" del buen humor, era el mártir ignorado de la alegría!

¡Cuántos como él, se habrán sacrificado obscuramente en estos días para producir ese efecto de espontáneo jolgorio que han ofrecido las calles de Santiago!

¿Puede haber un espectáculo más conmovedor?

P.

GELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile